

por una division del cuerpo de Bazaine, pasaron la frontera, ocuparon las alturas inmediatas al Sur de la citada ciudad é hicieron un vivísimo fuego de fusilería y artillería para arrojar de allí al puñado de prusianos que habia hecho el servicio de avanzada en aquel punto, con tal arte, que los franceses los creyeron veinte veces mas numerosos de lo que eran. Componíase esta seccion, en realidad, únicamente de un batallon del regimiento de Hohenzollern, número 40, mandado por el comandante Pestel, tres escuadrones del regimiento de hulanos número 7 y cuatro piezas de artillería, todos los cuales tenian órden de retirarse, si eran atacados por fuerzas superiores, á una posicion preparada y situada detrás de la ciudad, para no exponer la ciudad abierta de Saarbruck á la suerte de una fortaleza. El comandante ejecutó esta órden con admirable y firme actitud, obligando al enemigo á desarrollar toda su fuerza tan inmensamente superior. Empezó el fuego á las once y acabó á la una. A las dos los prusianos evacuaron la ciudad, en la cual entraron los franceses á las tres para echarse hambrientos sobre las hosterías, tahonas y carnicerías, dando así una muestra de lo que era la administracion militar francesa.

Momentos antes de concluir la accion se presentó Napoleon llevando de la mano á su hijo, de quince años, y apuntó «en medio de un silencio solemne,» dice un testigo ocular, la primera ametralladora contra los prusianos, en cuyo acto el jóven príncipe mostró una calma que excitó la admiracion general. De este hecho trató la prensa en tono tal que los lectores podian creer que todo aquel ataque de tres divisiones contra una ciudad abierta, no destinada á ser defendida, se habia dispuesto únicamente para hacer lucir al príncipe imperial. Cuando éste hubo recibido lo que se llamó su bautismo de fuego, regresó el padre con el hijo á Metz para cuidar de que no se perdiera la memoria de este gran suceso, á cuyo fin escribió á la emperatriz: «Luis acaba de recibir su bautismo de fuego; su serenidad ha sido admirable, no mostró ninguna conmocion. Una division del general Frossard ha tomado las alturas que dominan la orilla izquierda (sic) de Saarbruck. Los prusianos han hecho una corta resistencia. Nosotros nos hallamos en la primera fila, donde las balas de fusil y de cañon cayeron á nuestros piés. Luis ha cogido una bala que dió cerca de él en el suelo. Habia soldados que lloraban cuando le veian tan tranquilo. Solo tenemos un oficial muerto y diez soldados heridos.»

Este despacho fué publicado inmediatamente en los periódicos y completó la relacion que publicó el diario oficial la misma noche del 2 de agosto, en estos términos:

«Hoy á las once de la mañana ha tenido la tropa francesa una accion seria con la prusiana. Nuestro ejército ha tomado la ofensiva; ha pasado la frontera é invadido el territorio prusiano. A pesar de la fuerza de la posicion enemiga, han bastado algunos batallones nuestros para tomar las alturas que dominan á Saarbruck, y nuestra artillería no ha tardado en arrojar al enemigo de la ciudad. El empuje de nuestras tropas fué tan grande, que nuestras pérdidas han resultado insignificantes. La accion, que ha empezado á las once, ha concluido á la una. El emperador ha asistido á las operaciones y el príncipe imperial, que á todas partes le ha acompañado, ha recibido en el primer campo de batalla de esta guerra su bautismo de fuego. Su presencia de espíritu y su sangre fria en el peligro han sido dignos del nombre que lleva. El emperador ha regresado á las cuatro á Metz.»

Con este regreso á Metz concluyó la actividad del emperador como jefe del ejército. Él mismo refiere que el 3 y 4 de agosto no se habia hecho mas porque habia tenido que esperar que el ejército recibiera el refuerzo que debian llevarle las reservas, el séptimo cuerpo y el cuerpo de Chalons, á lo

cual añade: «¿Podia avanzarse en un país difícil y de pocos recursos antes de enlazar nuestros movimientos con los de los demás cuerpos de ejército? Si se hubiese tomado la direccion de Maguncia habria sido grande la dificultad de alimentacion, porque era imposible pensar en restablecer el ferro-carri, cuyos túneles se habian destruido, segun se decia, y los flancos de nuestro ejército podian ser inquietados por la izquierda por las tropas prusianas de Tréveris y por la derecha por las tropas que habia en Kaiserslautern; de suerte que nuestras tropas continuaron inactivas en la orilla izquierda del Saar.»

El emperador no salió de su papel. Las últimas horas que el destino le concedió para cambiar su política, las hizo servir para una farsa que solo pudo engañar á imbéciles, y muy pronto el mismo destino descargó sobre su cabeza el golpe que le dejó aniquilado.

CAPITULO III

LA ALEMANIA EN ARMAS

La actitud que el rey Guillermo observó en Ems, en los dias memorables del mes de julio, fué la de un monarca que no quiere la guerra y que cree que tampoco la desea nadie sin un motivo forzoso. Ciertamente habria tenido razon para pedir inmediatamente satisfaccion por la declaracion del 6 de julio, y, en caso de no haberla recibido, declarar la guerra. Esto se habia esperado en Francia, donde sorprendió mucho ver que nada hacia el rey Guillermo. Tambien habria tenido razon para negar audiencia al conde de Benedetti, y, aun en caso de haberle recibido, para no darle ninguna explicacion, dirigirle simplemente al ministerio y no decirle ni una palabra de la carta que habia escrito privadamente al príncipe de Hohenzollern. Así habria procedido en su lugar el conde de Bismarck, como se desprende de lo que dijo á lord Loftus en 13 de julio; y si hubo aplazamiento de la decision hasta el 13 de julio, fué porque el rey Guillermo no habia contestado nada públicamente al reto del 6, y habia comunicado al conde de Benedetti, despues de haberle recibido amablemente, todo lo que habia hecho como particular en favor de la paz en la corte de Sigmaringen. La guerra era en Paris cosa decidida, fuese lo que fuese lo que el rey Guillermo hiciera ó dejara de hacer para conjurarla. Esto es lo que sabemos hoy, segun lo demuestran las órdenes que el duque de Gramont dió á Benedetti; pero entonces nada se sabia de las negociaciones y convenios hechos entre la Francia, el Austria y la Italia. Entonces lo único que sabia el público era el proyecto de la eleccion de rey propuesta en Madrid y autorizada por el rey de Prusia, contra la cual se oponia el emperador de los franceses de una manera muy ofensiva para el rey Guillermo; cuestion que habia quedado resuelta por la renuncia del príncipe Antonio, en nombre de su hijo ausente, hecha en 12 de julio. Si resultaba una gran guerra de una circunstancia accidental que nada importaba á la Alemania, no estando todavía unido el pueblo alemán, todo dependeria de la impresion que causara en el ánimo del pueblo alemán la repentina transformacion de la cuestion española en cuestion alemana. La nacion debia saber que el rey Guillermo habia hecho todo lo que un rey podia hacer honrosamente en favor de la paz, y era necesario que viese palpablemente que la intencion alevosa de quebrantar la paz estaba de parte de la Francia. Esta conviccion tuvo la nacion alemana cuando el telegrama memorable del 13 de julio la enteró oficialmente del último suceso ocurrido en Ems. El autor de este telegrama fué el mismo conde de Bismarck, que al ver enconarse cada dia mas

la cuestion española, salió el 12 de julio de Varzin para dirigirse á Ems, y cuando recibió en la noche de aquel dia, á su paso por Berlin, la noticia comunicada desde Madrid de la renuncia del príncipe Leopoldo, desistió de continuar el viaje en la creencia de que la situacion tirante quedaba resuelta. Permaneció, pues, en Berlin, mientras el conde de Eulenburg, ministro del Interior, se trasladaba á Ems. El mismo dia 12 habian llegado tambien á Berlin desde San Petersburgo el príncipe Gorchakoff y el de Reuss, que se encontraron con Bismarck en el palacio del príncipe heredero por la mañana del 13 de julio. Bismarck debió probablemente á este encuentro la primera noticia de las nuevas exigencias de Napoleon, noticia que provocó sus expresiones en la entrevista con lord Loftus; porque en el diario del emperador Federico se lee, bajo la fecha del 13 de julio, la nota siguiente: «Conversacion con Bismarck, que recibió el dia 12 muy tarde de Madrid la noticia de la renuncia del príncipe heredero (de Sigmaringen), con cuyo motivo cree asegurada la paz (1); quiere regresar á Varzin y parece sorprendido del giro que ha tomado el asunto en Paris. Gorchakoff tenia tambien intenciones pacíficas á pesar de que acababa de recibir la noticia de que la Francia queria garantías para el porvenir. Dice que hay que ver cómo se resuelve este punto, pero cree que tambien se resolverá pacíficamente. Admira nuestra conducta, la del príncipe Leopoldo y la de nuestra prensa, y dice que él tendrá cuidado de que sea tambien aplaudida por las grandes potencias. No obstante, me dicen de Paris que Napoleon ha manifestado á uno de sus ministros anteriores que en el momento actual era indiferente la cuestion de España, porque se trataba de la lucha por la preponderancia entre Prusia y Francia.»

Despues de la recepcion en el palacio del príncipe heredero tuvo Bismarck su conversacion con lord Loftus, de la cual hablamos á su tiempo, y ya entonces habia recibido sin duda la comunicacion telegráfica que le envió el consejero Abeken por encargo del rey, al lado del cual se hallaba en Ems. En esta comunicacion se le daba cuenta de las nuevas exigencias del conde de Benedetti y se le autorizaba para darles publicidad. Cuando recibió el telegrama se hallaban en su casa los generales Moltke y Roon, á quienes habia convidado á comer, y tachando en presencia de estos todo lo que le pareció supérfluo, y sin añadir nada, compuso el texto de otro telegrama que fué enviado inmediatamente á todas las embajadas prusianas, á la prensa de Berlin y á la *Gaceta de Colonia* (2). El texto decia así:

«Telegrama de Ems, 13 de julio de 1870. — Despues de haber sido comunicada oficialmente por el gobierno español al gobierno francés la renuncia del príncipe heredero de Hohenzollern, el embajador francés en Ems ha presentado á S. M. el rey la exigencia de que le autorice para telegrafiar á Paris que S. M. se obliga á no volver á dar en adelante su aprobacion si los Hohenzollern volvieren á su candidatura. S. M. el rey se ha negado, en vista de esto, á recibir otra vez al embajador francés y le ha hecho decir por medio de un ayudante de servicio que S. M. no tenia que comunicar nada mas al embajador.»

Ya hemos visto que el conde de Benedetti leyó este telé-

(1) Contra este pasaje hay lo que dijo Bismarck al rey en su informe del 23 de setiembre de 1888, á saber: que constaba que el príncipe heredero de Prusia sabia ya entonces que Bismarck creía la guerra necesaria y que, si fuese evitada, regresaria á Varzin retirándose de su puesto en el gobierno, con lo cual el príncipe heredero estaba conforme.

(2) Mauricio Busch dice en su obra: *Nuestro Canciller*, tomo II, Leipzig, 1884, pág. 65: «Que Moltke y Roon hayan considerado la situacion como pacífica despues de la lectura del telegrama de Abeken, me parece enteramente increíble. En aquella hora no pudo haber recibido Bismarck la relacion de Werther.»

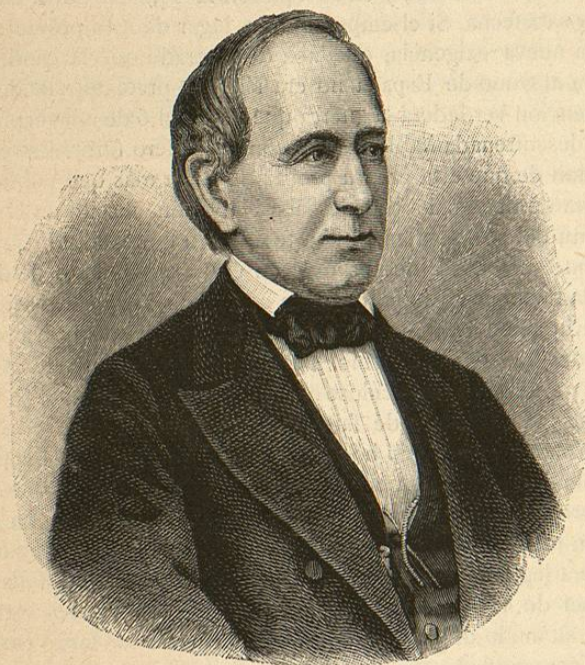
grama hallándose todavía en Ems. Le asustó mucho el efecto que produjo, pero no encontró en él nada ofensivo ni inexacto; pues de haber sido así ó hubiera solicitado una audiencia de despedida ó hubiera aprovechado la que le estaba concedida para formular una queja. Esto último no le pasó siquiera por la mente, ni el rey le hizo sentir lo que era solo culpa del emperador.

Lo que dió á este telegrama de periódico el efecto que produjo fué la nueva exigencia, causa de la no admision del embajador francés, porque esta nueva exigencia demostraba, prescindiendo de su contenido, que el emperador no estaba todavía satisfecho del gran resultado que habia logrado en el asunto de España y que de ningun modo merecia despues del lenguaje indigno del 6 de julio. La nacion entera se habia encontrado aliviada de un peso al publicarse el telegrama de renuncia, y en su opinion la Francia debia darse por satisfecha. Si el emperador en lugar de esto presentaba una nueva exigencia, quedaba demostrado que la candidatura al trono de España no era sino un pretexto, siendo la intencion verdadera la guerra que desde el 6 de julio la prensa desenfadada habia pedido con verdadero furor. La revelacion de que esta prensa procaz no hacia mas que publicar fuera de tiempo lo que deseaba Napoleon, suscitó en el espíritu del pueblo alemán una tempestad que cambió súbitamente su actitud, despertando en él un sentimiento de dignidad nacional y de patriotismo como jamás lo habia tenido.

El pueblo alemán sentia exactamente lo mismo que sintió entonces el rey Guillermo. Poseido su ánimo de amor á la paz y de respeto meticuloso al derecho ajeno, no creia en los demás el propósito de faltar intencionalmente á la paz, al derecho y á su propio honor; la turbacion maligna de la paz general le parecia un crimen tan fuera de lo natural, que no lo creyó hasta que ya no podia negarlo ninguna persona de sano juicio. Solo entonces tuvo la conviccion de que la guerra era legítima porque una ofensa evidéntisima le imponia el deber de la defensa. El emperador de los franceses logró, con su modo de proceder, contraproducente tan luego como fué conocido, lo que en Alemania no habia podido conseguir ninguna astucia de la diplomacia ni ninguna persuasion de los partidos. El pueblo alemán se sintió herido en la persona del rey Guillermo, pues ¿en qué podia consistir su delito, despues de haberse resuelto honrosamente la cuestion española? Evidentemente solo en lo que habia querido y hecho en favor de la Alemania y en lo que habia alcanzado para ella luchando. Querer vengar este crimen en su persona era atacar la vida del pueblo alemán, y para saber si este pueblo comprendia esta conexion, cuyo centro formaba el rey Guillermo con todos sus recuerdos venerandos, bastó el modo con que fué recibido el telegrama del príncipe de Bismarck; á él respondió el pueblo alemán con la rapidez y la fuerza arrolladora del destino. Aun no habia tenido tiempo la prensa para templar la opinion pública, cuando la conciencia de la nacion tomó tempestuosamente y á gritos la palabra. Sin titubear, unánimemente, sin contradiccion ninguna, pronunció el pueblo su fallo y lo expresó con el júbilo indescriptible con que acompañó al rey á su regreso de Ems á Berlin y con que le recibió en la capital.

En las mismas horas del 15 de julio en que sucedieron en las calles de Paris y en el parlamento cosas que hoy ningun francés que estime en algo el honor nacional puede recordar sin rubor y sin ira, el pueblo alemán transformado en una noche presentó al rey Guillermo como jefe de la nacion alemana sus primeros homenajes espontáneos con un entusiasmo nunca visto. En todas las estaciones por donde pasó el rey aquel dia le aguardaba el pueblo en densas masas para ver su venerable faz y saludar con júbilo tempestuoso al mo-

narca, que en aquel momento no tuvo ya enemigos ni contrarios, sino solo admiradores y partidarios entusiastas. En Cassel y en Gottinga, países recientemente anexionados á la Prusia, saludaron al rey, para convencerle de que no solamente habia ganado sus territorios si no tambien los corazones de sus habitantes. Cada viva que resonó lanzado por el pueblo fué una maldicion contra los conspiradores de Hitzing y de Praga. De lo que habia pasado en Paris no sabia el rey nada todavia entonces, ni aun estaba convencido de que la guerra fuese inevitable é inmediata, á pesar de encontrar en su viaje al pueblo tan conmovido como si la guerra estuviese ya declarada y dadas las órdenes de marcha. En Cassel contestó á las autoridades cuando éstas pronunciaron sus discursos de salutacion: «Ustedes me ven regresando á la capital para resolver lo necesario. El oír á ustedes aquí en



El baron de Friesen (segun fotografia)

la capital de una provincia nueva esta bienvenida y mostrar sentimientos tan patrióticos, hace mucho bien á mi corazón.» En Gottinga añadió: «La situacion es grave; al otro lado del Rhin vuelve á moverse, segun su costumbre, la soberbia; no puede aguantarse mas el exceso de las pretensiones.» En términos análogos se expresó en Magdeburgo, pero á pesar de todo estaba lejos de pensar en una movilizacion inmediata.

El príncipe heredero, acompañado de Bismarck, Roon y Moltke, salió á recibir al rey hasta Brandeburgo, y en el camino comunicó Bismarck al príncipe su opinion sobre las relaciones con Francia, convenciéndole de que se habia hecho imposible toda concesion para mantener la paz. Él y Moltke mostraron muy poco recelo tocante á la fuerza y estado del ejército francés. Cuando Bismarck y sus compañeros volvieron á Berlin en compañía del rey y del príncipe heredero, expuso Bismarck al monarca la necesidad de la movilizacion del ejército; pero el rey no quiso oír nada de esto, porque creía poder conservar la paz y ahorrar al país la guerra (1).

(1) Véase el informe de Bismarck del 23 de setiembre de 1888. Schneider dice en su obra: *Vida del emperador Guillermo*, tomo tercero, pág. 130: «Posteriormente refirió el rey muchas veces que á su vuelta de Ems no creyó todavia que la guerra estaba tan próxima, pero antes de llegar á Berlin se habia convencido en el viaje de que la nacion alemana estaba decidida á recoger el guante tan inicuamente arrojado. Casi á cada estacion fueron creciendo el júbilo, las aclamaciones, la aprobacion de las masas y hasta la excitacion á la guerra.»

Solo al llegar á Berlin cambió de opinion cuando le entregó el secretario Thile el despacho relativo al discurso belicoso de Ollivier en el cuerpo legislativo. Bismarck lo leyó al rey y lo releyó por orden expresa del monarca, el cual consideró el discurso de Ollivier como una declaracion de guerra, y entonces se decidió espontáneamente y sin necesitar ninguna excitacion á la movilizacion del ejército. El príncipe heredero comunicó esta resolucion á los oficiales presentes, diciendo: «¡Guerra y movilizacion!» palabras que fueron contestadas por un grito de júbilo de toda la poblacion de Berlin, que acompañó al rey desde la estacion de Potsdam hasta su palacio. Aquella misma noche se firmó una exposicion al rey por millares de personas que concluía en estos términos: «A estas horas solo tenemos una palabra, que es: Con Dios, por el rey y por la patria. ¡Hurra y á ellos!» La multitud que rodeó el palacio del rey y fué continuamente creciendo, no cesó en sus vivas y hurras hasta que el rey se asomó á la ventana, en cuyo momento se descubrieron las cabezas y la multitud entonó el himno real y la cancion de Prusia. Cuando poco antes de las once se dirigió al palacio, fué tambien saludado en todo el camino por la multitud, y cuando despues de las once la policia suplicó á la multitud que se mantuviera silenciosa para no perturbar el consejo de guerra, que tenia que ocuparse todavia aquella misma noche en grandes tareas, corrió por la multitud con la velocidad del rayo la voz: «¡A casa!» y pocos minutos despues reinó el silencio mas profundo en toda la plaza que está delante del palacio (2).

Aquella misma noche se decretó la movilizacion en este lacónico telegrama: «Movilizado todo; primer dia 16 de julio.» Otra resolucion disponia la reunion del parlamento aleman para el 19 de julio, mientras el consejo federal, convocado ya por telégrafo para el 16 de julio, celebró una reunion en la cual el conde de Bismarck refirió la historia del caso español, añadiendo: «Cuando S. M. el rey de Prusia tuvo oficialmente conocimiento de que las negociaciones entre el gobierno de España y el príncipe (Leopoldo) se seguian bajo la condicion expresa de guardar el secreto, no pudo menos de acceder á esta condicion, tratándose de un secreto ajeno que nada tenia que ver ni con la Prusia ni con la federacion. Por este motivo no comunicó S. M. la noticia al gobierno, esperando lo que hicieran los demás gobiernos, el de España ó los candidatos al trono. Las relaciones existentes entre el gobierno de España y el de Francia, y las personales entre los príncipes de Hohenzollern y el emperador de los franceses, indicaron á los interesados inmediatos como el camino mas sencillo entenderse con la Francia.» A esto añadió Bismarck que en éstas circunstancias la presidencia de la confederacion no podia presumir que le ocurriese al gobierno francés ver en la candidatura del príncipe de Hohenzollern una ofensa dirigida contra él, pues que su interés estaba al parecer limitado á impedir toda propaganda republicana ú orleanista. Si el gobierno francés hubiese querido valerse únicamente de los buenos servicios de la Prusia para impedir la eleccion del príncipe, le hubiera bastado entenderse confidencialmente con el gobierno de Prusia. Sin embargo, la declaracion de Gramont en el cuerpo legislativo habia cortado toda posibilidad de una inteligencia confidencial. El modo con que fué recibida su declaracion en el cuerpo legislativo y las exigencias inaceptables que despues presentó el gobierno de Francia, habian convencido al fin á la presidencia federal de que el gobierno francés tenia el propósito desde un principio de humillar á la Alemania ó provocar la guerra, y era imposible someterse á la humillacion. A esto aña-

(2) Hirth: *Diario*, tomo I, pág. 131; Fontane: *La guerra contra la Francia*, tomo I, págs. 37-38.

bilidad de las tropas para la guerra y la organizacion de los transportes; y todo esto bien preparado da el deseado resultado. No sucede así con las operaciones militares posteriores, cuando se trata del empleo de los medios belicosos ya dispuestos; pues entonces se ha de contar con lo que piense y calcule el contrario, cuya voluntad es independiente de la nuestra. Esta voluntad del contrario puede ser limitada cuando se está dispuesto y preparado para tomar en tiempo oportuno la iniciativa; mas para hacer al contrario desistir, no hay otro medio sino la batalla. Las consecuencias morales y materiales de cada batalla algo grande son tan múltiples y trascendentales, que en la mayor parte de los casos cambian la situacion completamente, creando así una nueva base para nuevas disposiciones. Ningun plan de operaciones de guerra puede ser calculado con alguna seguridad para mas allá del primer encuentro con el enemigo, y solo las personas legas en el arte militar se figuran ver en el transcurso de una campaña la exacta ejecucion de un plan de guerra concebido y realizado en sus mas pequeños detalles. Cierto es que el general en jefe no debe perder de vista los grandes objetos que persigue al través de todas las vicisitudes, pero no puede trazar de antemano y con seguridad los medios que ha de emplear.»

Siendo cierta esta preocupacion del público, parece mas admirable la concordancia que resultó entre el plan original formado por el general Moltke y el curso efectivo de la guerra.

En el plan que segun hemos dicho se determinó en el invierno de 1868 á 1869, quedó señalado como el objeto primero buscar el grueso de la fuerza contraria y atacarlo en cualquiera parte donde se encontrase. Este propósito era natural en un estado mayor que habia convertido en arte y ciencia la nueva manera de combatir de 1813; y realizado como se realizó este objeto completamente, se efectuó tambien el gran pensamiento de separar de Paris el grueso de la fuerza enemiga é impedir sus comunicaciones con la capital empujándolo hácia el Norte.

El general Moltke supuso con razon que encontraria el grueso de la fuerza enemiga exactamente en el ángulo que Napoleón se habia fijado por los motivos y las consideraciones antes expuestas. Moltke dice en su memoria: «Podemos admitir con probabilidad que los franceses efectuarán su primera reunion en la línea comprendida entre Metz y Estrasburgo á fin de avanzar hácia el Mein evitando nuestra línea fuerte del Rhin, para separar á la Alemania del Norte de la del Sur, arreglarse con la última y avanzar despues, apoyándose en este arreglo, hácia el Elba.»

A fin de impedir si posible fuera el ataque del enemigo, y de todos modos derrotarle completamente, se hizo lo siguiente:

En el Palatinado bávaro debia efectuarse la reunion de todas las fuerzas alemanas y una vez reunidas se lograria indirectamente todo lo que directamente no podia lograrse. No podia pensarse en defender directamente el alto Rhin y la Selva Negra acudiendo desde el Norte de Alemania, á causa de la distancia, ni podia encomendarse la defensa á las fuerzas de la Alemania del Sur, por ser para esto insuficientes, y por tanto fué menester reunir todas las fuerzas disponibles en la parte media de la cuenca del Rhin. Estas fuerzas, superiores en número, podian desde allí caer sobre el flanco de los franceses, ya á la derecha, ya á la izquierda del Rhin, y obligarle así á detenerse ó á retroceder. Explicóse este plan á los soberanos de la Alemania del Sur, los cuales á pesar de comprender que, efectuándose en esta parte, sus territorios quedaban expuestos sin defensa á una sorpresa, no titubearon en aprobarlo, sobre lo cual dice Moltke: «Merece lla-

marse la atencion sobre esto, á saber, que los soberanos de la Alemania del Sur al conformarse con este plan, en favor de la causa comun y confiando en la direccion superior militar, no vacilaron en dejar sus propios territorios sin defensa para unir su tropa activa al ejército de la Alemania septentrional, lo que aumentó proporcionalmente los deberes y la responsabilidad del Norte.»

El sistema de ferro-carriles indicó á los franceses para la reunion de su ejército á Metz y Estrasburgo, que constituían así dos centros separados por los Vosges. Reuniéndose los alemanes en el Palatinado, se encontraban en la línea interior de operaciones del enemigo; y como los dos grupos de las fuerzas francesas no podian comunicarse sino atravesando los Vosges por las carreteras, los alemanes si eran bastante numerosos podian atacar segun les conviniera ya á uno ya á otro grupo ó á los dos simultáneamente; con cuya disposicion quedaba protegido el alto y el bajo Rhin y abierto á la invasion el país enemigo. Esta invasion efectuada en el momento oportuno, debia impedir con mucha probabilidad la entrada de los franceses en territorio aleman.

De que podian reunirse sin peligro todas las fuerzas alemanas mas allá del Rhin en el Palatinado y cerca de la misma frontera francesa, estaba seguro Moltke, porque sabia que esta reunion podia efectuarse con la rapidez necesaria, sobre lo cual dice: «Nuestra movilizacion estaba preparada hasta en los mas pequeños pormenores. Para el transporte de tropas al país entre el Rhin y el Mosela hay seis líneas férreas. La lista de los trenes está dispuesta para cada seccion indicando dia y hora de marcha y de llegada, por manera que á los diez dias pueden desembarcarse las primeras secciones cerca de la frontera francesa y el décimotercero dia pueden reunirse allí las tropas de campaña de dos cuerpos de ejército. Al décimotercero dia se elevará nuestra fuerza á trescientos mil hombres, y al vigésimo tendrán ya casi todo su tren. No tenemos absolutamente ningun motivo para suponer que la reunion del ejército francés en estado de campaña pueda efectuarse mas rápidamente, porque á esto se opone la experiencia, ya que desde el tiempo de Napoleon I no ha habido en Francia mas que movilizacion parcial en las cuales la parte movilizada del ejército se completaba con la parte que quedaba rezagada.»

La fuerza total alemana debia dirigirse al sitio de reunion en tres ejércitos parciales.

El primer ejército debia comprender el 7.º y 8.º cuerpos, componerse de 60,000 hombres aproximadamente, formar el ala derecha y reunirse alrededor de Wittlich. El segundo ejército, compuesto del 3.º, 4.º y 10.º cuerpos y además de la guardia real, con un total de 131,000 hombres, debia situarse en el centro de la formacion general, cerca de Neuenkirchen-Homburg.

El tercer ejército, compuesto del 5.º y 11.º cuerpos y de las fuerzas bávaras, wurtemberguesas y badenses, debia formar el ala izquierda y tomar posiciones cerca de Landau y Rastadt.

A estas fuerzas se agregaba una reserva de 63,000 hombres, compuesta del 9.º y 12.º cuerpos de ejército, que debia situarse mas allá de Maguncia para reforzar el segundo ejército hasta 194,000 hombres, quedando disponibles para mas adelante el 1.º, 2.º y 6.º cuerpos, que formaban cien mil hombres y podian destinarse al punto mas conveniente despues de veintun dias, en cuya época quedaban disponibles para transportes militares las líneas férreas. Para las guarniciones de las fortalezas solo se necesitaban por el momento nueve regimientos de infantería, mientras se juzgaba suficiente para la defensa de las costas la 17.ª division de infantería, como núcleo para la reunion de la nueva reserva. De